

MISERICORDIOSOS COMO EL PADRE

**ACEPTAR CON PACIENCIA LAS
DEBILIDADES DEL OTRO**



Octubre

#MisericordiaEs

Aceptar con paciencia las debilidades del otro



<http://vicariajovenesbsas.org.a>



[/vicariajovenesbsas](https://www.facebook.com/vicariajovenesbsas)



[@VicariadeJuvent](https://twitter.com/VicariadeJuvent)
[#MisericordiaEs](https://twitter.com/MisericordiaEs)

ESCUCHEMOS: 1 CORINTIOS 13, 4-8A

*«El amor es paciente y bondadoso;
no tiene envidia, no presume ni es soberbio;
no falta al respeto ni reclama nada como suyo;
no se irrita ni lleva nota del mal recibido;
no se alegra de la injusticia, sino que encuentra alegría en la verdad.
El amor acepta sufrir y disculparlo todo, todo lo cree, todo lo espera, todo lo sustenta.
El amor nunca se va».*

REFLEXIÓN

¿Te cuesta amar a los demás? ¿Te cuesta aceptarlos y ser receptivo cuando hay algo en ellos que te desagradan? ¿Te cuesta amar como Jesús nos pide? Para ayudarte a crecer en el verdadero amor fraterno, que es capaz de recibir al otro como es e impulsarlo a alcanzar su mejor versión, queremos compartir con vos estas reflexiones que se desprenden del Evangelio. No hace falta leerlas todas, podés elegir la que más te interese.

Dios es Amor: conciencia agradecida de la misericordia inmerecida

Jesús nos dijo: «Sean misericordiosos como su Padre es misericordioso» (Lc 6,36). Es decir: «Estamos llamados a vivir de misericordia, porque a nosotros en primer lugar se nos ha tenido misericordia» (Papa Francisco, Misericordiae Vultus, 9). Ningún cristiano puede mantener su fe si no reconoce cuánto le ama Dios, cuánto le perdona, cuánto le ayuda a pesar de las muchas dificultades de la vida. El cristiano parte siempre de esa su experiencia, de la vivencia de amor recibido de Dios. Por tanto, tenemos que empezar por cultivar en nuestro corazón una sincera gratitud a Dios y a las personas que en nuestra vida nos han acogido con paciencia, ya que ésta, como todas las demás obras de misericordia, nace de un corazón que ha hecho esa experiencia profunda de misericordia.

Y no es posible recibir el amor de Dios, experimentarlo en profundidad, y quedarse de brazos cruzados. El amor no debe quedarse encerrado en el fondo del corazón, sino que es para darlo a todos, sin excluir a nadie. Porque el amor de Dios es un manantial que se desborda en amor desinteresado, generoso y total por los hermanos. Por eso, un verdadero cristiano también se vuelca, apoyado en Dios, a amar al hermano, especialmente el más necesitado de él, ya que es en quien más descubre que está presente Jesús.

Pero ¿quién puede amar así, como Cristo nos ha amado? Sólo Él puede amar así. En efecto, el amor perfecto consiste en sobrellevar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les vemos practicar. Y aunque nos parece casi imposible vivir este amor siendo nosotros tan débiles e imperfectos, santa Teresita nos enseñó que Cristo no nos pide imposibles, y su



mandamiento nuevo es: «*Ámense los unos a los otros como Yo los he amado*» (Jn 13, 34). Entonces, jamás podremos amar a nuestros hermanos como Él los ama, si Él mismo no amaras en nosotros. Pidámosle a Cristo que sea Él quien acepte en nosotros a todos los que ponga en nuestro día a día, sin esfuerzos ni agobios; que sea Él quien nos dé su amor para que podamos amar. «*Porque no hay nada imposible para Dios*» (Lc. 1, 37).

"El amor es paciente y bondadoso": dar de lo recibido

Como dice la Escritura: «*La paciencia de Dios es nuestra salvación*» (2Pe 3, 15) ¿Qué sería de nosotros si Dios no nos mostrara su paciencia? Precisamente, esta obra de misericordia nos invita a pensar en la que Dios tiene con cada uno y las veces que los demás –en la familia, en nuestras amistades, en la parroquia...– han sido pacientes con nosotros. Así, nos damos cuenta de que también nosotros debemos tratar con paciencia a los demás.

La idea es seguir avanzando progresivamente en la aceptación del otro como persona humana única e irrepetible, don para el mundo, aceptando sus formas de ser, sobre todo sus debilidades, y los tiempos de Dios para con él, que muchas veces son más largos que los nuestros y nos impacientan. Se trata, sin dudas, de aceptar al otro tal como es, con sus virtudes y cualidades, pero, también, con sus defectos y debilidades.

El problema es que a veces no aceptamos que ese otro sea distinto. Nos olvidamos de celebrar las diferencias, de valorar que sea distinto, lo cual es una gran oportunidad de enriquecerse, de crecer y desarrollarse, de edificarse mutuamente y ayudarse el uno al otro. Es por eso que, como cristianos, estamos llamados a aceptar la fragilidad propia y ajena, asumiendo serenamente las molestias de la vida; porque este padecer con paciencia las molestias de la vida, más que es una obra de misericordia, suena a una llamada al realismo. «*Los hombres no son islas*», escribió el monje Thomas Merton, y son inevitables los pequeños roces, las diferencias de opinión. Pero, a pesar de todo eso, es posible la amistad y la convivencia. De lo que se trata es de tener paciencia con los defectos nuestros y los de los demás, ya que muchas veces, ellos, al igual que nosotros, actúan sin darse cuenta de que nos molestan.

Ser paciente, sin embargo, es muy difícil para quien no busca estar en paz consigo mismo y con los demás, pues nadie da lo que no tiene. Cuando hay una persona que me desespera por su manera de hablar, por su manera de pensar o por su manera de actuar, debemos pensar qué es lo que necesito hacer para que el contacto con aquella persona sea para bien, y no para mal; tratando de no perjudicarla y tampoco perjudicarme yo; tratando de comprender por qué actúa de esa manera, en qué estado de la fe y la madurez espiritual está; y otras, simplemente, quitándole importancia ¡¡y sobrellevándolo con humor!!

Efectivamente, porque Jesús no vino a darnos un corazón endurecido ¡¡sino a cambiarnos el corazón!! Y lo hace con toda delicadeza y respetando nuestros tiempos. Por eso Dios nos había propuesto primero en la Antigua Alianza: «*No te vengarás ni guardarás rencor, sino que amarás a tu prójimo como a vos mismo*» (Lv. 19, 18); luego, Jesús elige redoblar la apuesta con su mandamiento nuevo: «*Ámense entre ustedes como yo mismo los he amado*» (Jn. 13, 34). Él nos ama "a lo divino", con paciencia y misericordia; nos acepta



como somos, y nos corrige con suavidad y firmeza para que nos vayamos pareciendo cada vez más a Él.

Esto mismo estamos llamado a hacer por nuestros hermanos. Porque si amamos a aquellos que nos aman ¿qué mérito tenemos? Hasta los pecadores aman a aquellos que los aman. Y si hacemos el bien a aquellos que nos lo hacen a nosotros ¿qué mérito tenemos? Eso lo hacen también los pecadores (Mt. 5, 46-47). En cambio, si el Pueblo hebreo había escuchado decir a Dios: «*Lo que es odioso para vos, no lo hagás a tus semejantes*» (Tb 4, 15), Jesús nos redobla nuevamente la apuesta con su Regla de oro: «*Hagan por lo demás lo que quieren que los hombres hagan por ustedes*» (Lc 6, 31). Y, sin dudas, todos queremos ser aceptados, tratados con paciencia y misericordia.

"El amor no tiene envidia, no presume ni es soberbio": dolerse del propio pecado

Es curioso que cuando alguien nos pregunta sobre los defectos de los demás podemos enlistarlos, uno tras otro sin problema alguno; pero cuando alguien nos pregunta por nuestros defectos, se nos hacen invisibles ¡Qué fácil es ver la paja en el ojo del prójimo y no vemos la viga en el nuestro! Sin embargo, nadie puede creerse mejor que los demás. Por eso, cuando uno no se siente capaz de tolerar a sus hermanos, es bueno que analice si, por casualidad, no esté siendo tan "insoportable" como ellos.

Sucede que, muchas veces, cuando juzgamos a los demás, estamos interiormente intentando justificar nuestras propias incoherencias. A veces lo que nos molesta del otro en realidad es un reflejo de algo nuestro. Es importante no olvidarnos que muchas veces en lugar de sufrir nosotros con paciencia las flaquezas ajenas, hacemos sufrir a los demás con nuestros propios defectos. Porque es indudable que todos tenemos debilidades y que, a lo largo de nuestra vida, hay personas que las han comprendido y que, lejos de criticarnos, nos han dado un buen consejo. Por eso, como decía san Agustín: "*Es mejor un pecador humilde que un santurrón soberbio*". Cada uno debe examinar con cuidado su propio corazón, su carácter y su obrar antes de examinar al hermano. Y sólo «*Quien esté exento de pecado, que tire la primera piedra*» (Jn. 8, 7). Si lo hacemos reconoceremos que tenemos flaquezas y debilidades, y éstas también servirán para que nos humillemos y seamos más tolerante hacia nuestros hermanos. Si no lo hacemos, es imposible que podamos mostrarles el camino (Mt. 15, 14).

Por eso siempre es bueno recordar lo que aconseja Pablo a los corintios: «*Examínense a ustedes mismos*» (2 Cor. 13, 5) ¿Qué hago yo que irrita, molesta y ofende a mi familia, a mis compañeros de trabajo o estudio, o a mis hermanos? ¿Condeno en otros las cualidades negativas que yo mismo poseo? ¿Estoy siendo consecuente o exijo que la conducta de ellos sea mejor que la mía? Claro que no hacemos revisión de nuestra vida para decepcionarnos de nosotros mismos, sino para reconocer con humildad cuánto nos sigue ayudando Dios a mejorar. Porque «*Por la gracia de Dios soy lo que soy*» (1 Cor. 15, 10). «*Nadie puede jactarse*» (1 Cor. 1, 29) porque, aunque seamos fieles, estamos sujetos a nuestras muchas flaquezas y tenemos que luchar diariamente contra los impulsos del mundo.

Sin embargo, a veces la experiencia a través de los años vividos en el evangelio o el "mucho conocimiento" de la Palabra de Dios, puede llevar a una persona a creerse "perfecta"



y a perder aquella humildad que un día tuvo para aprender todo lo que “ahora sabe”. Lo malo no está en buscar esa perfección, lo malo está en creerse demasiados perfectos y perder de esta forma la humildad que tiene que caracterizar al hijo de Dios. Tengamos siempre un corazón sencillo y dispuesto a aprender, seamos humildes para reconocer que, igual que nuestros hermanos, estamos en un proceso y que hay muchísimas áreas de nuestra vida que todavía necesitan ser transformadas. Mejor que creernos perfectos es descubrirnos necesitados de Dios.

Tratemos de corregirnos y tengámonos paciencia también para con nosotros mismos, porque el camino a la perfección no es de un día para el otro, sino que es gradual, con caídas y retrocesos. Nos hace más fuertes tener el valor de reconocernos débiles y pecadores, necesitados siempre y en todo de la gracia de Dios. Esa profunda verdad, siempre tan antigua y tan nueva, concientiza y libera cuando guardamos en nuestro corazón la promesa de seguir creciendo. La humildad es, precisamente, la conciencia de la propia condición de debilidad, de criatura falible. La mansedumbre es la aceptación amorosa y paciente de esas debilidades propias, es ser comprensivo con ellas. La misericordia lo es con las ajenas.

No veamos a los demás por debajo de nosotros; no menospreciemos a los que son más débiles. El humilde nunca desprecia a su hermano porque se ve reflejado a sí mismo y a Cristo en ellos. Está reconciliado con todo lo humano que puede encontrar, por ejemplo, en los débiles y enfermos, en los imperfectos y resentidos. Todo lo contempla a través del prisma misericordioso de Dios y con la mirada compasiva de Jesús. Tengamos paciencia con los ancianos, los niños, el vecino o el compañero de trabajo para colaborar en la construcción del Reino del Señor, porque todos tenemos una cruz que hace sufrir no sólo a los demás, sino también a nosotros mismos. En estas situaciones ¡cuánto agradece nuestro corazón el que una persona reciba con paciencia la manifestación de nuestros defectos! ¿Verdad que esto provoca un dulce consuelo para nuestra alma? Es con estas personas, las que saben aceptarnos, con las que más queremos estar, porque nos quieren como de verdad somos ¡Qué hermoso acto de amor saben realizar!

"El amor no falta al respeto ni reclama nada como suyo": delicadeza y reciprocidad

Felizmente, este mundo imperfecto está concebido para los seres imperfectos que lo habitamos. La gente es frágil y acercarse con mano blanda a los demás es ejercer misericordia. Es hermoso ser compasivos con quienes tienen el valor de descubrirse ante nosotros de forma auténtica, sin ocultar ninguna de sus manchas y flaquezas. Pues siempre requiere mucha confianza y valor superar el temor a ser mal juzgados y mostrarse sin velos, no podemos actuar de forma desconsiderada ante el vislumbramiento de esa intimidad que se nos revela en toda su sinceridad. Debemos ser respetuosos con esa tierra sagrada de la profundidad del otro. Es preciso "quitarse las sandalias" y pisar con cuidado y reverencia (Ex. 3, 5), aunque no sea bello lo que veamos. Dios nos llama a amar, y el amor nos hace estar atentos, nos hace cuidar del otro.

Es muy cierto que cada uno es dueño de su alma. Pero la fe -no nos olvidemos- siempre nos es dada por otro, es sembrada por otro, es encendida por otro; esa fe se ha ido pasando de generación en generación desde los Apóstoles. Por eso Jesús nos dice: «Ustedes son la luz del mundo» (Mt. 5,14) y más adelante: «Así brille la luz de ustedes delante de los



hombres» (Mt. 5, 16). Claro está que no podemos hacer el trabajo que sólo Jesús puede, porque hay cosas que nos exceden, que no podemos hacerlas. Pero ciertamente podemos hacerlo *con* Jesús; es decir, podemos ayudarlo. Por eso Él nos dijo: *«El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga»* (Lc 9, 23). Bueno, precisamente “renunciar a sí mismo” es renunciar a creer que es sólo uno quien debe cargar con su cruz, prescindiendo de toda ayuda que nos puedan dar nuestros hermanos y, especialmente, nuestro Señor. Porque si incluso el mismo Dios precisó de ayuda para cargar con su cruz ¿no tendremos aún mayor necesidad nosotros de contar con cirineos? Pero, justamente, no se trata de cargar uno con las cruces de los otros, sino más bien de ayudar a los otros a cargar su propia cruz.

Pero debemos ser cuidadosos. Muchas veces parece caridad lo que en realidad es amor propio, y exigimos a los demás la perfección sin encomendar nosotros a Dios nuestros defectos. Si uno no alcanza a ser lo que desea ¿cómo puede exigir de los demás que sean conformes a sus aspiraciones? De tal forma, ninguno de nosotros está llamado a suplir la función que sólo el Buen Pastor puede obrar, pero sí todos debemos obrar como nos explica Pablo: *«Ayúdense entre sí a llevar el peso de la vida, y de esa manera cumplirán la ley de Cristo»* (Gál. 6:2) *«Porque no hay nadie sin defecto y todos cargamos con nuestras aflicciones; no hay nadie que se baste a sí mismo y nadie suficientemente sabio. Es indispensable, pues, soportarnos mutuamente y juntamente consolarnos, ayudarnos unos a otros, instruirnos y aconsejarnos»* (de la Imitación de Cristo, cap. XVI, "Tolerar los defectos ajenos").

No obstante, cuando el individuo no se acepta a sí mismo, no es raro que no acepte al otro. Es muy común que las personas que tenemos a nuestro alrededor critiquen a las otras, murmuren y maximicen los defectos del otro, sin importar si esto le produce daño. Nosotros debemos evitar esto, a menos que queramos parecernos a los escribas y fariseos que conspiraban contra Jesús. La mansedumbre siempre es lo opuesto del orgullo y la arrogancia. La persona mansa se enoja cuando debe enojarse, en la forma apropiada y solamente durante el tiempo necesario. Los mansos tienen paciencia con sus hermanos caídos porque saben que ellos mismos están sujetos a la corrección de Dios. La mansedumbre no es ingenuidad, sino fortaleza delicada y gentil. Está siempre precedida de la humildad, porque se la necesita para aprender (Sant. 1:21), para responder (1 Ped. 3:15) y para corregir al hermano (1 Gal. 6, 1). A la humildad pertenece el respeto ante el misterio del prójimo y la grandeza de corazón, en el que siempre hay espacio para recibirlo con dulzura. También enseñar y corregir son obras de misericordia, que han de hacerse con delicadeza; tratando de corregir al hermano poco a poco, con ternura, *«con suavidad y respeto, y con tranquilidad de conciencia. Así se avergonzarán de sus calumnias todos aquellos que los difaman, si ustedes se comportan como servidores de Cristo»* (1 Ped. 3, 16).

"El amor no se irrita ni lleva nota del mal recibido": comprender y descargar

Desde su infancia, muchas personas reprimen sus necesidades afectivas y sentimientos más intensos (la ira, la angustia, el miedo, el dolor...) para conseguir así el afecto y la aceptación de los demás. Esta actitud, según la cual la persona se comporta como cree que se espera de ella, supone a la larga un aniquilamiento de la propia personalidad: ya no es ella misma, sino que adopta el papel que los demás quieren que represente. Por eso



es importante reconocer que, ante la molestia de los otros, a veces necesitamos descargar, que pecar de pensamiento muchas veces nos resulta inevitable y que incluso quizás se necesite, de vez en cuando, parar a la otra persona en seco. La delicadeza y la compostura con que hacerlo siempre serán gracias bien apreciadas; aunque, a fin de cuentas, lo importante no es tanto evitar la torpeza con que pudiéramos hacerlo, sino tener el afán de continuar intentando sostener la relación aún a pesar de ella.

Así entendida, la obra de aceptar con paciencia las debilidades de nuestros hermanos significa perdonar sus ofensas, superando la venganza y el resentimiento, y tratar amablemente a quienes nos han ofendido. Esta obra nos corrige cuando tenemos “atravesados” a aquellos que nos “caen mal”, nos anima a reconocer la humanidad del otro, y nos lleva a aceptar sin tristeza de corazón los padecimientos que nos reportan. Ese es un camino seguro hacia la paz; es el de aquellos que apuestan por la santidad, como mártires de lo cotidiano, y cuya respuesta siempre es la misma: amar y perdonar. De ahí que el Apóstol les escriba a sus hermanos de Éfeso: «*Quítense de dentro suyo toda amargura, enojo, ira, gritería e insultos, y toda malicia. Procuren más bien ser buenos unos con otros, misericordiosos, perdonándose mutuamente, como Dios también nos perdonó en Cristo*» (Ef. 4, 31-32).

Sin dudas, la paciencia no es un "aguantar", porque no es algo que se produce naturalmente, sino que es un acto deliberado de la voluntad de un verdadero cristiano, y no de los sentimientos. Un problema serio entre los miembros de la iglesia es que muchas veces nos dejamos llevar por los sentimientos. Por eso, muchas veces, cuando no aceptamos la diferencia y no somos capaces de dialogar con el otro, recurrimos a la violencia y a la agresión. Agredimos al que es diferente: al que es de otra religión, al que es de otro partido político, al que tiene otras preferencias sexuales, al que es de otra raza o región. Si algo o alguien no nos gustan, reaccionamos como los hijos de este mundo. En cambio, si de verdad somos guiados por el Espíritu, nuestra reacción a lo desagradable será controlada por el amor, porque comprender la posición de la otra persona, nos fuerza a poner nuestra ira en perspectiva con su realidad de vida. A fin de cuentas, los frutos del amor siempre son la comprensión y el perdón.

Es por tanto que debemos soportarnos unos a otros, pero al mismo tiempo no debemos irritarnos ni provocarnos unos a otros. «*Evita las cuestiones estúpidas y carentes de sentido: ya sabes que provocan serios altercados. El que sirve al Señor no debe tomar parte en peleas. Por el contrario, tiene que ser amable con todos, apto para enseñar y paciente en las pruebas. Debe reprender con dulzura a los adversarios, teniendo en cuenta que Dios puede concederles la conversión*» (2 Tm. 2, 23-25) Los que irritan a sus hermanos deben ser soportados con paciencia y en amor, pero al mismo tiempo deben crecer y dejar de provocar a sus hermanos con su carácter carnal e inmaduro. Nosotros debemos ayudarlos. En definitiva, uno corrige sólo a quien ama, porque, si lo ama, no se desentiende de él. No dice “que haga lo que quiera, total...”. Sino que lo carga sobre sus hombros y procura proveerle el mayor bien del que se es capaz, en la forma que es necesaria. Nunca te olvides que Jesús, en la Cruz, soportó el peso de todos nuestros pecados para redimirnos.

"El amor no se alegra de la injusticia, sino que encuentra alegría en la verdad": la reciprocidad y los límites de la tolerancia

Vivir un amor en cruz es aceptar que en una cara de la moneda está el Amor, en la otra el sufrimiento. Una no puede entenderse sin la otra, esa es nuestra realidad. Si se busca un amor sin padecimientos, tal cosa no existe. Pero no se pueden "soportar" tampoco maltratos, porque aquello ya no sería amor. Cuando soportar todo a cualquier costo por amor nos hace mucho mal, podemos asegurar que se ha violado la Ley del Amor que nos invita a amar al hermano según la medida en que nos amamos a nosotros mismos. Si "amamos" a los demás olvidándonos de la propia integridad personal y de la estima que nos debemos, estamos amando mal.

Cuando padecer ciertos perjuicios causa más daño que bien a cualquiera de las dos partes, ya no se debe ser tolerante: con mucha caridad y suavidad, debe hacerse la advertencia o enmienda. Preguntarnos: "¿qué puedo hacer yo para remediar el problema?" (Mt. 5, 23-24; 18,15-17) y, si algún hermano nos ha ofendido "¿le he llamado la atención sobre eso?". Imaginemos si acaso Gandhi, Mandela o Luther King hubiesen "soportado con paciencia"... Abandonemos, al igual que ellos, un concepto de "paciencia" estoica, para asumir el de una plenamente activa y propositiva. Sigamos la enseñanza de san Pablo, que no nos exhorta a ignorar los defectos unos de otros ni dice que se debe ignorar el pecado; sino, al contrario, nos enseña que debemos alentarnos, reprendernos y enseñarnos mutuamente.

En efecto, la virtud de la paciencia ante la carga de los hermanos indica responsabilidad y quiere decir corregirlos cuando pecan (Gál. 6, 1), ya que los miembros del cuerpo se preocupan unos por otros (1 Cor. 12, 25). No podemos permanecer indiferentes cuando algún hermano sufre, física o espiritualmente. Somos miembros unos de otros. Cuando un miembro padece (y manifiesta tal vez con malos tratos su dolor), los demás sufren con él (1 Cor. 12, 26-27). Por tanto, es necesario preocuparnos y ayudarlo para que pueda vencer sus debilidades. Claro que, como hemos dicho, aceptar no significa estar de acuerdo con algo malo que hace el otro, o con alguna flaqueza o pecado; se trata de respetarlo, amarlo y ayudarlo poniendo todo lo que está a nuestro alcance para que pueda mejorar.

Sin embargo, partiendo de grandes impulsos de tipo "justiciero", es posible que no se entienda este modo de proceder. Pero es que la Ley del Amor Fraternal está en el polo opuesto a la de la ley del Talión: "ojo por ojo y diente por diente". Cuando uno ama, elige también padecer ciertas cosas por amor porque el costo de padecerlas es inferior a la ganancia de amar. Claro que aceptar tal cosa no es un deber, pues de otra manera ese amor no sería libre. Padecer debiera ser, antes bien, siempre una elección de amor oblativo, de entrega plena y libre. Es, pues, aquel otro "soportar", que esclaviza y aplasta, lo que todos debemos rechazar.

Entonces, sin duda, quien sufre con paciencia los defectos del prójimo no es un masoquista, no justifica el pecado, la injusticia ni la violencia. Se pone cara a la verdad y la defiende con toda su alma, porque la paciencia que soporta y sufre los defectos de los demás es fruto de la presencia del Espíritu de Dios. Esto no significa que tenemos que renovar siempre una antigua amistad naufragada, sino llegar a un trato aceptable que permita mantener el vínculo amable y la dignidad personal de ambas partes. Además, Jesús no



prohíbe que saquemos la paja del ojo del hermano. Al contrario. Pero primero es necesario que estemos conscientes de nuestras propias flaquezas, faltas y debilidades. Si no nos corregimos primero nosotros, no conviene juzgar a los otros.

Debemos intentar juzgar siempre con justo juicio, evitando llegar a erigirnos en (falsos) profetas. Es injusto juzgar a otro si la acusación se basa en apariencias superficiales, sospechas o chismes. Juzgar no es lo mismo que condenar. Juzgar es parte necesaria de la vida y de nuestra capacidad cognitiva. El pecado está en convertir los juicios en condenas que anulan la misericordia. Por eso, si un hermano se equivoca, en lugar de resaltar aquello en lo que está en falta, debemos disimularlo y remarcar lo bueno que podría generar, si es que lo hay. *«Si alguno fuere sorprendido en alguna falta, ustedes que son personas espirituales, corríjanlo con espíritu de mansedumbre, examinándose también a ustedes mismos, no sea que también estén tentados. Ayúdense mutuamente a llevar las cargas, y así cumplirán la Ley de Cristo»* (Gál. 6, 1-2). Después de todo, Jesús nos enseña que *«Si ustedes no condenan, no serán condenados»* (Lc. 6:37) y agrega: *«Perdonen, y serán perdonados»*.

"El amor acepta sufrir y disculparlo todo": el perdón como síntoma del amor

Los primeros discípulos de Jesucristo tenían un gran problema y era que no sabían las veces que debían perdonar a los hermanos que los ofendían, a lo que el Maestro les respondió que *siempre* se debe disculpar y perdonar. También les advirtió que hacerlo no era fácil y por eso, cuando les enseñó a rezar, les dijo que debían rogar mucho al Padre: *«Perdona nuestras ofensas, en la medida en que nosotros perdonemos a los que nos ofenden»* (Lc. 11, 4). Éste es el desafío fundamental que nos hace ver si somos o no buenos cristianos.

Día a día es necesario preguntarnos, cuando algún hermano nos ha pedido perdón, si lo hemos perdonado de todo corazón o nos rehusamos a hacerlo. El perdón es siempre un síntoma del amor porque resulta ser que, aquel que tiene poco amor, tampoco quiere perdonar; pero el que ama mucho, es lento para la ira y rápido para el perdón. Quizás, si te has enamorado alguna vez con amor puro y sincero, seas capaz de comprenderlo: cuando tratamos a una persona con amor (un hijo, un hermano, un verdadero amigo), nada de lo que esta persona pueda o quiera hacer nos hará desistir de buscar sólo su mayor bien; aunque nos injurie, nos lastime y nos insulte jamás sentiremos hacia ella otra cosa que bondad.

Es verdad que, no por eso, nuestro dolor deja de ser real y que no podemos minimizar su dramatismo en nuestra vida, pero cuando nos sentimos lastimados tendemos a tomarnos todo muy personal: las miradas de las personas, los comentarios o las actitudes. Esperamos que todos sientan compasión de nuestro dolor, que todos estén de nuestro lado; y le desconocemos este mismo derecho al otro hermano ¡Cuánto cuesta perdonar lo "imperdonable"! Por nuestras propias fuerzas somos incapaces de perdonar algunas faltas: abandono, infidelidad, asesinato, violación, etc. Es normal, somos seres humanos y algunas cosas nos cuestan demasiado. Pero "no hay nada imposible para Dios": el verdadero perdón solo proviene de Él, de su misericordia.



Lo que necesitamos es soltar más y comprender que Dios claramente estará junto a nosotros durante el dolor que experimentamos. Pero también necesitamos descubrir, gracias a su misericordia, que está junto a ese hermano que nos ha o que hemos lastimado. El Señor actúa de esta forma, poniéndose como ejemplo, para que, rompiendo la dureza de nuestro corazón de piedra, le pidamos nos conceda un tierno corazón de carne. Porque "misericordia" significa mantener el corazón en carne viva, humana y divinamente transido por un amor recio, sacrificado, generoso. Ese tipo de amor cristiano, sincero y valiente, es la única manera que ayuda a querer y aceptar a los demás exactamente como son, y no como uno piensa que deberían ser. Sólo debemos pedirlo, como una gracia, y, a su tiempo, se nos dará. Pedírselo diciendo: "Señor, Tú bien sabes cuánto dolor me causó esta persona, sabes también que soy incapaz de perdonar aunque lo intente, por eso recurro a Ti, llena Señor mi corazón de tu misericordia porque no puedo hacerlo yo solo". Ya verás como, con el tiempo, sientes que el rencor se aleja y el perdón se acerca más. No te desanimes cuando esto no suceda de un momento a otro. Paciencia. Siempre toma tiempo sanar el corazón.

Es difícil amar en plenitud cuando todavía hay muchas cosas que no logramos perdonar. Pero que el amor que cada uno tiene, o que nuestros hermanos sean capaces de dar, sea imperfecto no quiere decir que el Amor no sea perfecto y paciente. Cada uno da y hace lo que puede, y punto. A veces simplemente nos falta comprendernos más; porque si lo hiciéramos, nos miraríamos con más misericordia. Pero cuando no se ha estado en los zapatos del otro es muy difícil entender las barreras que le impiden a esa persona llegar a actuar de otra manera. Por eso, cuando hables con alguien a quien te cueste mucho perdonar no te conviertas en un sabelotodo, no critiques, no juzgues, pues solo Dios conoce plenamente su batalla interior.

El caso de cada uno ciertamente es distinto, pero cuando una persona no ha perdonado se puede identificar con los siguientes síntomas: rabia, resentimiento, deseos de venganza, pensamientos negativos hacia las otras personas, depresión, incomprensión, ansiedad e incluso odio (si vino a tu mente una persona al leer alguno de estos síntomas es porque todavía no la has perdonado). Pero entender es una cosa. Ser capaz de perdonar, es otra. A medida que entendemos al otro, lo miramos más compasivamente. Y eso, inevitablemente nos lleva a perdonar. Perdonar las ofensas significa superar la venganza y el resentimiento; significa tratar amablemente a quien nos ha ofendido. Los frutos del amor son siempre la comprensión y el perdón.

Que el amor todo lo excusa y lo tolera no quiere decir que no haya que denunciar las injusticias, reclamar los derechos de los pobres, ni abandonarse a la opresión. Pablo habla de la relación con los hermanos, y de la comprensión que lleva a perdonarlos siempre, animándolos a mejorar. En otros momentos Pablo pide que los hermanos se corrijan entre sí, pero esto nunca puede hacerse por rencor ni odio, sino por el amor que empieza perdonando siempre. Aunque este acto pueda llegar a causarnos dolor, *«Es preferible sufrir haciendo el bien, si esta es la voluntad de Dios, que haciendo el mal»* (1 Ped. 3, 17), pues quien no corrige a su hermano, no lo ayuda a crecer; le roba esa riqueza. De cualquier manera, una cosa es cierta: el texto original está en griego y lo que algunos traducen como "el amor es paciente" otros explican "el amor es compasivo". Pensalo.

"El amor todo lo cree, todo lo espera, todo lo sustenta": confianza y acción

Hasta no hace mucho tiempo, esta verdadera obra de misericordia se venía entendiendo como "aguante" o "resignación" ante los defectos de las otras personas; un mero sacrificio a fin de sobrellevarlas, sin aceptar ni aprender a amar nada. Esto no puede ser así. La virtud de la paciencia, protagonista principal de esta obra de misericordia, paradójicamente nunca es pasiva. Por el contrario, nos invita a perseverar, a persistir en la acción. Ser paciente no tiene nada de sumiso, sino de compasivo. En el fondo está la misericordia. Y en el fondo de la misericordia, la esperanza. La esperanza paciente de que todo tiene la capacidad de mejorar.

Precisamente, el amor grande y desbordante que infunde Dios en ciertos corazones es capaz, por amor, de sobreponerse a todo. Y si tantas veces a nosotros mismos nos cuesta aceptar nuestra fragilidad y la necesidad de ser ayudados ¿no debemos también compadecernos de los que nos rodean y actuar como verdaderos "guardianes de nuestros hermanos", sin desentendernos, sino teniéndoles paciencia y ayudándolos a crecer en todas sus potencias? A ejemplo de los santos, podemos ofrecer a Dios la incomodidad que esto nos signifique y convertirnos en testimonio de amor y entrega. Pues si amamos «*con obras y de verdad*» (1 Jn. 3, 18) únicamente a quienes queremos ¿qué mérito tenemos? «*eso también lo hacen los paganos*» (Mt 5,46).

¡Pero cuidado! Incluso los gestos mayores de entrega, los sacrificios más grandes, es posible hacerlos sin amor. Hay personas que se soportan porque no hay más remedio frente a alguna situación de conveniencia. Por ejemplo, se puede dar el caso de algún trabajo donde muchas veces hay que soportar hasta humillaciones porque se requiere del trabajo, aunque se deteste a la persona para quien se trabaja. Pero la Biblia dice, en el caso de nosotros, que debemos soportarnos con amor. El amor finalmente es la joya más valiosa de todas las virtudes, y el que marca la diferencia entre esta obra de misericordia y la zoncera hipócrita.

El aceptar a otros nace de un acto deliberado de la propia voluntad. Es acto de amor; es decir, de buena voluntad. Requiere esfuerzo y debemos aprenderlo; no nacemos con esta virtud. No estamos acostumbrados a sobrellevar los defectos de los demás con prudencia, con amor y misericordia y es por eso que se nos hace tan difícil. Tenemos que nacer otra vez, nacer espiritualmente, para desarrollar esta cualidad que requiere crecimiento y madurez. Aceptar y recibir es un llamado de humildad a admitir los límites de las personas y comunidades, a mirar con misericordia, a entender que el ser humano es débil pero perfectible y que todos pueden cambiar y mejorar.

Pero el primer paso es fundamental: comenzar aceptando incondicionalmente al otro, tal como es. Dios Padre que nos ama tal cual somos. Dios nos espera pero no con disgusto, sino con paciencia, realizando con obras lo mejor para nosotros. Recuérdese que el amor es conocido solamente por sus acciones. En la práctica, hay dos formas de vivir esta obra: una externa y otra interna. La externa consiste principalmente en cosas como sonreír cuando preferiríamos mirar mal, responder de buena forma cuando quisiéramos mostrar enojo... Eso ya es un gran paso. Pero para evitar la hipocresía y vivir a fondo esta obra con auténtica sinceridad y caridad, deberemos tratar de formar un corazón verdaderamente compasivo y misericordioso, que no se indigna ante las flaquezas de los demás y que sabe no sólo ser paciente, sino amar «*con obras y de verdad*» (1 Jn. 3, 18).



Aún si alguien se desvía del camino, talvez sea porque Dios quiere que aprenda algo, se de cuenta de algo, encuentre a alguien que lo necesite. Por eso es muy importante saber conciliar esa obra misteriosa de Dios con nuestra llamado a no dejar de ser luz para los demás en todo momento, cual faro encendido que indica el camino hacia tierra firme ¡Cuánto amor compasivo debemos tener especialmente con los que, huyendo, en realidad buscan a Dios aún sin saberlo! Porque, clavados en la cruz de sus vidas, no hacen más que clamar como Jesús: «*¡Señor mío, por qué me has abandonado!*» (Sal 22, 2). No nos engañemos con la apariencia de sus palabras, pronunciadas muchas veces incluso con ira; en la intimidad de sus corazones ellos también concluyen como aquel Salmo: «*Yo anunciaré Tu Nombre a mis hermanos, te alabaré en medio de la asamblea (...)*» (Sal. 22, 23-32). Comencemos corrigiendo a los más capaces y comprometidos, los que realmente pueden ser corregidos, y defendamos a los que todavía no están listos para dar todo de sí, tratando de exhortarlos a unos y pidiendo que se respeten los tiempos de los otros.

Bien sabemos que la prueba de que amamos a Dios, es que amamos al prójimo, pero nuestro amor al prójimo debe ser un reflejo de nuestro amor a Dios. Por eso el Señor nos dice «*en esto reconocerán todos que son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos con los otros*» (Jn. 13, 35). La misericordia no se queda en una escueta actitud de compasión: la misericordia se identifica con la superabundancia de la caridad que, al mismo tiempo, trae consigo la superabundancia de la justicia. Por eso ya los paganos reconocían a un par de cristianos de entre la multitud diciendo, con velada envidia: “¡Miren cuánto se aman!”. Pero está al alcance de todos realizar pequeños actos sencillos como manifestaciones concretas de amor por ese hermano: saludarle con afecto, sonreír sólo para contagiarle alegría, darle las gracias por su existir, recordarle sus buenas cualidades, escuchar su historia sin prejuicios, detenerse para ayudarlo, estar atento a qué necesita, levantarle el ánimo, celebrar sus logros, hacerle un pequeño regalo, corregirlo con delicadeza evitando callar por miedo, acompañarlo a superar sus obstáculos. Lo importante es ayunar de palabras hirientes para transmitirle palabras bondadosas, ayunar de quedarse en el descontento para llenarnos de gratitud por su presencia, ayunar de enojos para llenarse de mansedumbre y paciencia, ayunar de pesimismo para llenarse de esperanza y optimismo, ayunar de murmuraciones y quejas para llenarse de confianza sincera, ayunar de presiones y exigencias para llenarnos de oración de petición, ayunar de egoísmo para llenarse de compasión por los demás, ayunar de falta de perdón para llenarnos de actitudes de reconciliación. Si todos intentamos estos ayunos, lo cotidiano se llenará de paz, confianza y comunión.

"El amor nunca se va": no excluir a nadie es vivir una sana vida en comunidad

El verdadero amor cristiano nunca se acaba, nunca se rinde, nunca se aleja, nunca excluye ni excomulga a nadie. Sin embargo, la vida en común no siempre es fácil. Son inevitables los pequeños roces, las diferencias de opinión, las divisiones. Pero a pesar de todo, es posible la amistad y la convivencia. La comprensión y el perdón son apenas el precio del amor.

Los cristianos de Corinto a quienes está dirigido este Himno de la Caridad que acabamos de leer, tenían muchos de estos problemas, que san Pablo quiere que corrijan. Uno de los principales era su falta de unidad, de cercanía entre todos los miembros de la



comunidad. Había grupos de cristianos que no compartían las mismas ideas, e incluso acusaban a los otros de estar equivocados. La reconciliación entre los distintos grupos se hacía cada vez más difícil. Uno de los motivos de discusión eran los "carismas" de cada grupo. En la comunidad de Corinto se valoraban mucho algunos carismas, pero se descuidaba el amor vivido en el día a día, con esfuerzo paciente y cotidiano. Toda esta riqueza de carismas de la comunidad era mal aprovechada porque no contribuía a la unidad, sino a las discusiones y a las comparaciones.

La unidad siempre es esencial a la comunidad eclesial. Pero hablar de la unidad como una realidad perfecta y acabada es una abstracción. La unidad, igual que la paz, es algo que ha de construirse constantemente. Si queremos darnos un punto de partida realista, hemos de aceptar las divisiones que existen al interior de nuestra Iglesia. Lucio Gera, un gran teólogo argentino, decía que había distintos criterios para construir una unidad mejor. Uno, muy fácil, lamentablemente consistiría en construirla en base a un procedimiento de excomunión más o menos disimulada, cuando se permite pasivamente o aún se fomenta que se vayan espontáneamente los laicos de sus instituciones y los sacerdotes de su ministerio o Diócesis. Otro criterio, más arduo pero caritativo, consistiría en permitir que existan diversas líneas y grupos al interior de la Iglesia y admitir, por consiguiente, la diferencia y la confrontación de ideas, promoviendo una pedagogía que sustituya la acusación mal informada por el diálogo.

De lo que se trata es de reconocer que la vida en común necesita estar abierta a la cooperación, partiendo de la amorosa aceptación de la diversidad y la contradicción. Cuando no aceptamos la diferencia y no somos capaces de dialogar, es sumamente frágil querer fundar la unidad de la Iglesia sólo o principalmente en el hecho jurídico de que el obispo, el párroco, la hermana o la coordinadora tienen poder para mandar y el fiel obligación de cumplir, pues con más profundidad y consistencia la comunión en la Iglesia se establece por la fe y la caridad, y no podemos dejarlas apenas en bonitas e inocentes palabras, sino que debemos penosamente buscar, entre todos, cuál es concretamente el sentido actual con que iluminan nuestra fe y la línea pastoral que nos trazan en el cogobierno de la Iglesia.

Toda comunidad es una construcción colectiva y c/u tiene derecho a dejar su impronta, sin pretender que la suya sea la única y definitiva. No se puede prescindir de nadie. Eso rompería la comunidad, aún cuando subsistan los grupos y las estructuras. Nuestros hermanos no son lacayos, esclavos ni objetos; merecen ser recibidos, escuchados e incluidos en un lugar con peso propio.

Sin duda, cada miembro de la iglesia tiene su personalidad individual y no es siempre agradable a todos los demás miembros. Hay choque de personalidad entre algunos miembros. Pero en esto es, precisamente, que los miembros deben soportarse unos a otros. Es verdad que habrá personas insoportables, sin embargo la Biblia nos invita enfáticamente a aceptarnos y apoyarnos los unos en los otros para vivir como comunidad de hermanos.

En el cuerpo de Cristo nos soportamos, no porque no nos queda otra alternativa, sino porque nos amamos, y entendimos que nos necesitamos los unos a los otros, porque la Iglesia no está completa si no estamos todos. Aquí no tenemos la elección de querer estar bien con unos y mantenernos alejados de otros. La Iglesia nunca es Iglesia si dentro suyo no se sienten recibidos todos; como una madre no se siente completa si uno de sus hijos le falta

¡Bienaventurada la iglesia donde todos se soportan porque allí envía el Señor unidad y estabilidad duradera! En definitiva, ser «*misericordiosos como el Padre*» (Lc. 6, 36) nos lleva a contemplar esta obra de misericordia sabiendo que Dios en su corazón amoroso sabe tenernos paciencia, conoce nuestras debilidades y nuestros defectos y aun así nos ama y nos da la oportunidad de servirle dentro de su Iglesia.

Aunque ningún integrante de la congregación debe creerse superior a los demás, nadie ha de pensar que carece de importancia. Por eso san Pablo nos enseña las claves para vivir en comunidad (familiar, de amigos o parroquial): «*con mucha humildad, mansedumbre y paciencia, acéptense mutuamente por amor*» (Ef. 4, 2). «*Como escogidos de Dios, santos y amados, vístanse de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; aceptándose unos a otros, y perdonándose mutuamente si alguno tuviere quejas contra otro*» (Col. 3, 12-13).

La palabra "amor" significa la buena voluntad que siempre busca el bienestar de otros, aun de los enemigos. Por lo tanto, debemos amar aceptando también a los que no son amables. Pero ¿cómo demostramos este amor? Lo dice Pablo: siendo pacientes, tolerantes y agradables con quienes nos causan desagrado; y, al mismo tiempo, enseñarles qué deben cambiar si aún no se han transformado a imagen de Cristo. También debemos amar a los que son más débiles en su fe, están menos instruidos o han comprendido poco el corazón del Evangelio. «*Así que, los que somos fuertes debemos ayudar a cargar las flaquezas de los débiles, y no complacernos solamente a nosotros mismos [...] Por tanto, acéptense los unos a los otros, como también Cristo nos aceptó, para gloria de Dios*» (Rm. 15, 1. 7.).

Esto no quiere decir que dejaremos de tener diferencias y preferencias por algunos antes que por otros. Aceptarnos no quiere decir estar obligados a ser amigos todos de todos. De lo que se trata es de no excluir, de no negar a nadie la posibilidad de formar parte. Pensemos que habilitaríamos que lo mismo se hiciera con nosotros, si hacemos semejante cosa. Perdemos la paciencia en muy poco tiempo cuando tenemos desacuerdos o cuando algo no nos agrada. Parece que nos es muy fácil cortar todas las relaciones con hermanos que eran compañeros nuestros. De un día al otro se corta la comunión como si fuera cosa insignificante. En lo que necesitamos enfocarnos, antes bien, es en "huir" del pecado (1 Cor. 6, 18; 10, 14; 2 Tim. 2, 22). Y aun así, hasta el hermano más fiel puede tropezar a causa de no estar vigilante y ser sorprendido por él ¿Qué hacer? Corregirlo, y no amputarlo como si tuviera gangrena, porque «*somos miembros que nos pertenecemos unos a otros*» (Ef. 4, 25). Si este modo de proceder falla, se cae en la grave depreciación de la dignidad humana, donde el ser humano que molesta se convierte en un enemigo irrecuperable. Para estar con Cristo hay que aprender a estar con los hermanos, aprender a formar parte juntos, a dejarlos entrar... con todas sus torpezas. Nuestro horizonte es la misión juntos: formar comunidad. Y construir una vida en comunidad significa realizar el esfuerzo urgente de mostrarnos siempre «*solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la armonía*» (Ef. 4:3).

COMPROMISO PARA EL MES

Para el mes de **Octubre** te proponemos el gesto de “**Aceptar con paciencia las debilidades del otro**”.

San Pablo le decía a la comunidad de Éfeso “*con mucha humildad, mansedumbre y paciencia, sopórtense mutuamente por amor*”.

Tener diferencias, intolerancias, resistencias ante determinadas acciones y actitudes de los demás, es parte de nuestro *ser humanos*. Aceptar la propia debilidad nos abre la puerta para recibir la de aquellas personas con las que nos cuesta tratar o vincularnos.

¡Este mes, animate! Ponele nombre y apellido, y con esa persona practicá la misericordia que Dios nos tiene.

Rezá por ella, buscá mirarla con los ojos de Jesús y probá tratarla con la paciencia infinita del Padre.

EN NUESTRA VIDA

EL DESAFÍO DE LA CRUZ

Te dejamos estas palabras del Papa Francisco para buscar el fondo de lo que hacemos. Volvamos al sentido profundo de nuestra vida, al motor de nuestros intentos...

“...Hoy la humanidad necesita hombres y mujeres, y en especial jóvenes como ustedes, que no quieran vivir sus vidas «a medias», jóvenes dispuestos a entregar sus vidas para servir generosamente a los hermanos más pobres y débiles, a semejanza de Cristo, que se entregó completamente por nuestra salvación. Ante el mal, el sufrimiento, el pecado, la única respuesta posible para el discípulo de Jesús es el don de sí mismo, incluso de la vida, a imitación de Cristo; es la actitud de servicio. Si uno, que se dice cristiano, no vive para servir, no sirve para vivir. Con su vida reniega de Jesucristo.

En esta tarde, queridos jóvenes, el Señor los invita de nuevo a que sean protagonistas de su propio servicio; quiere hacer de ustedes una respuesta concreta a las necesidades y sufrimientos de la humanidad; quiere que sean un signo de su amor misericordioso para nuestra época. Para cumplir esta misión, él les señala la vía del compromiso personal y del sacrificio de sí mismo: es la vía de la cruz. La vía de la cruz es la vía de la felicidad de seguir a Cristo hasta el final, en las circunstancias a menudo dramáticas de la vida cotidiana; es la



vía que no teme el fracaso, el aislamiento o la soledad, porque colma el corazón del hombre de la plenitud de Cristo. La vía de la cruz es la vía de la vida y del estilo de Dios, que Jesús manda recorrer a través también de los senderos de una sociedad a veces dividida, injusta y corrupta.

El camino de la Cruz no es sadomasoquista. El camino de la Cruz es la única que vence el pecado, el mal y la muerte, porque desemboca en la luz radiante de la resurrección de Cristo, abriendo el horizonte a una vida nueva y plena. Es la vía de la esperanza y del futuro. Quien la recorre con generosidad y fe, da esperanza y futuro a la humanidad. Yo querría que fueran sembradores de esperanza.

(...) Me pregunto: ¿Cómo desean regresar hoy a sus casas? ¿Cómo desean volver esta noche a encontrarse con ustedes mismos? El mundo los mira. Corresponde a cada uno de ustedes responder al desafío de esta pregunta...”

Papa Francisco – Via Crucis con jóvenes en la JMJ 2016

CON LOS DEMÁS

Tal como te sugerimos en el recuadro del “Compromiso del mes”...

- 1- Pensá concretamente en esta persona.
- 2- **Rezá** por ella un Padre Nuestro.
- 3- **Acercate**. Con un gesto muy pequeño y sencillo (puede ser un saludo más amable que el habitual, una sonrisa, alcanzarle algo, ofrecerte si ves que necesita una mano en el momento en que estás con ella, hacer silencio antes de responder mal...).
- 4- **Escribí** en algún papel tuyo, compu o en una nota del celu, *¿qué rasgo del amor de Dios descubriste en medio de ese intento que pensaste y realizaste?*

UN EJEMPLO DE SANTOS

SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS



Transitando el Jubileo extraordinario de la Misericordia queremos recordar un fragmento del libro de Santa Teresita del Niño Jesús, *Historia de un Alma*, donde la santa cuenta cómo hacía para aprender a amar en y desde Jesús a esas personas que más le constaban y que llegaban, incluso, a irritarla.

A Teresita le costaba mucho la convivencia y amar a sus hermanas de comunidad, hasta que, un día, después de caer muchas veces, levantarse otras tantas y, a pesar de ello, seguir intentando amar, entendió que lo que más agradaba a Dios era que aprendiera a amar su pobreza. Se dio cuenta de que el amor que ella podía tener por sus hermanas era muy imperfecto, comparado con el de Cristo por todos nosotros.

Entonces llegó a la siguiente conclusión: *“El amor perfecto consiste en aceptar los defectos de los demás, en no extrañarse de sus debilidades, en edificarse de los más pequeños actos de virtud que les vemos practicar, pero, sobre todo, comprendí que el amor no debe quedarse encerrado en el fondo del corazón”,* sino que es para darlo a todos, sin excluir a nadie. Desde entonces, *“Para no ceder a la antipatía natural que experimentaba, me dije a mí misma que la caridad no debía consistir en simples sentimientos, sino en obras, y me dediqué a portarme con esa hermana como lo hubiera hecho con la persona a quien más quiero”*.

Vivir este tipo de amor es imposible siendo nosotros tan débiles e imperfectos, pero ella sabía también que *“Cristo no puede pedir imposibles, ya que su mandamiento nuevo es “Ámense los unos a los otros como yo los he amado” (Jn. 13, 34) ¿Y quién puede amar así, como Cristo nos ha amado? Sólo Él puede amar así, por eso Santa Teresita acaba diciendo: “Tú sabes bien que nunca podré amar a mis hermanas como Tú las amas, a menos que Tú mismo no las ames en mí”*.



Te invitamos a que cada día pidas a Cristo que sea Él quien ame en vos a todos los que Él ponga en tu día a día, sin esfuerzos ni agobios, que sea Él quien te dé su amor para que puedas amar.

UN CUENTO

DE MAMERTO MENAPACE

LOS ANTEOJOS DE DIOS

El cuento trata de un difunto. Anima bendita camino del cielo donde esperaba encontrarse con Tata Dios para el juicio sin trampas y a verdad desnuda. Y no era para menos, porque en la conciencia a más de llevar muchas cosas negras, tenía muy pocas positivas que hacer valer. Buscaba ansiosamente aquellos recuerdos de buenas acciones que había hecho en sus largos años de usurero. Había encontrado en los bolsillos del alma unos pocos recibos "Que Dios se lo pague", medio arrugados y amarillentos por lo viejo. Fuera de eso, bien poca más. Pertenecía a los ladrones de levita y galera, de quienes comentó un poeta: "No dijo malas palabras, ni realizó cosas buenas".

Parece que en el cielo las primeras se perdonan y las segundas se exigen. Todo esto ahora lo veía clarito. Pero ya era tarde. La cercanía del juicio de Tata Dios lo tenía a muy mal traer.

Se acercó despacito a la entrada principal, y se extrañó mucho al ver que allí no había que hacer cola. O bien no había demasiados clientes o quizá los trámites se realizaban sin complicaciones.

Quedó realmente desconcertado cuando se percató no sólo de que no se hacía cola sino que las puertas estaban abiertas de par en par, y además no había nadie para vigilarlas. Golpeó las manos y gritó el Ave María Purísima. Pero nadie le respondió. Miró hacia adentro, y quedó maravillado de la cantidad de cosas lindas que se distinguían. Pero no vio a ninguno. Ni ángel, ni santo, ni nada que se le pareciera. Se animó un poco más y la curiosidad lo llevó a cruzar el umbral de las puertas celestiales. Y nada. Se encontró perfectamente dentro del paraíso sin que nadie se lo impidiera.

-¡Caramba — se dijo — parece que aquí deber ser todos gente muy honrada! ¡Mirá que dejar todo abierto y sin guardia que vigile!

Poco a poco fue perdiendo el miedo, y fascinado por lo que veía se fue adentrando por los patios de la Gloria. Realmente una preciosura. Era para pasarse allí una eternidad mirando, porque a cada momento uno descubría realidades asombrosas y bellas.

De patio en patio, de jardín en jardín y de sala en sala se fue internando en las mansiones celestiales, hasta que desembocó en lo que tendría que ser la oficina de Tata Dios. Por supuesto, estaba abierta también ella de par en par. Titubeó un poquito antes de entrar. Pero en el cielo todo termina por inspirar confianza. Así que penetró en la sala ocupada en su centro por el escritorio de Tata Dios. Y sobre el escritorio estaban sus anteojos. Nuestro

amigo no pudo resistir la tentación — santa tentación al fin — de echar una miradita hacia la tierra con los anteojos de Tata Dios. Y fue ponérselos y caer en éxtasis. ¡Que maravilla! Se veía todo clarito y patente. Con esos anteojos se lograba ver la realidad profunda de todo y de todos sin la menor dificultad. Pudo mirar profundo de las intenciones de los políticos, las auténticas razones de los economistas, las tentaciones de los hombres de Iglesia, los sufrimientos de las dos terceras partes de la humanidad. Todo estaba patente a los anteojos de dios, como afirma la Biblia.

Entonces se le ocurrió una idea. Trataría de ubicar a su socio de la financiera para observarlo desde esta situación privilegiada. No le resulto difícil conseguirlo. Pero lo agarró en un mal momento. En ese preciso instante su colega está estafando a una pobre mujer viuda mediante un crédito bochornoso que terminaría de hundirla en la miseria por sécula seculorum. (En el cielo todavía se entiende latín). Y al ver con meridiana claridad la cochinado que su socio estaba por realizar, le subió al corazón un profundo deseo de justicia. Nunca le había pasado en la tierra. Pero, claro, ahora estaba en el cielo. Fue tan ardiente este deseo de hacer justicia, que sin pensar en otra cosa, buscó a tientas debajo de la mesa del banquito de Tata Dios, y revoleándolo por sobre su cabeza lo lanzó a la tierra con una tremenda puntería. Con semejante teleobjetivo el tiro fue certero. El banquito le pegó un formidable golpe a su socio, tumbándolo allí mismo.

En ese momento se sintió en el cielo una gran algarabía. Era Tata Dios que retornaba con sus angelitos, sus santas vírgenes, confesores y mártires, luego de un día de picnic realizado en los collados eternos. La alegría de todos se expresaba hasta por los poros del alma, haciendo una batahola celestial.

Nuestro amigo se sobresaltó. Como era pura alma, el alma no se le fue a los pies, sino que se trató de esconder detrás del armario de las indulgencias. Pero ustedes comprenderás que la cosa no le sirvió de nada. Porque a los ojos de Dios todo está patente. Así que fue no más entrar y llamarlo a su presencia. Pero Dios no estaba irritado. Gozaba de muy buen humor, como siempre. Simplemente le preguntó qué estaba haciendo.

La pobre alma trató de explicar balbuceando que había entrado a la gloria, porque estando la puerta abierta nadie la había respondido y él quería pedir permiso, pero no sabía a quién.

-No, no — le dijo Tata Dios — no te pregunto eso. Todo está muy bien. Lo que te pregunto es lo que hiciste con mi banquito donde apoyo los pies.

Reconfortado por la misericordiosa manera de ser de Tata Dios, el pobre tipo fue animado y le contó que había entrado en su despacho, había visto el escritorio y encima los anteojos, y que no había resistido la tentación de colocárselos para echarle una miradita al mundo. Que le pedía perdón por el atrevimiento.

-No, no — volvió a decirle Tata Dios — Todo eso está muy bien. No hay nada que perdona. Mi deseo profundo es que todos los hombres fueran capaces de mirar el mundo como yo lo veo. En eso no hay pecado. Pero hiciste algo más. ¿Qué pasó con mi banquito donde apoyo los pies?

Ahora sí el ánima bendita se encontró animada del todo. Le contó a Tata Dios en forma apasionada que había estado observando a su socio justamente cuando cometía una tremenda injusticia y que le había subido al alma un gran deseo de justicia, y que sin pensar en nada había manoteado el banquito y se lo había arrojado por el lomo.

-¡Ah, no! — volvió a decirle Tata Dios. Ahí te equivocaste. No te diste cuenta de que si bien te había puesto mis anteojos, te faltaba tener mi corazón. Imaginate que si yo cada vez que veo una injusticia en la tierra me decidiera a tirarles un banquito, no alcanzarían los carpinteros de todo el universo para abastecerme de proyectiles. No m'hijo. No. Hay que tener mucho cuidado con ponerse mis anteojos, si no se está bien seguro de tener también mi corazón. Sólo tiene derecho a juzgar, el que tiene el poder de salvar.

-Volvete ahora a la tierra. Y en penitencia, durante cinco años rezá todo los días esta jaculatoria: "Jesús, manso y humilde de corazón dame un corazón semejante al tuyo".

Y el hombre se despertó todo transpirado, observando por la ventana entreabierta que el sol ya había salido y que afuera cantaban los pajaritos.

Hay historias que parecen sueños. Y sueños que podrían cambiar la historia.

UNA ORACIÓN

PLEGARIA DE LA SERENIDAD

*Señor, concédeme:
serenidad para aceptar las cosas que no puedo cambiar,
fortaleza para cambiar lo que soy capaz de cambiar
y sabiduría para reconocer la diferencia;
viviendo día a día,
disfrutando de cada momento;
aceptando las dificultades como un camino hacia la paz,
acogiendo, tal y como hizo Jesús,
este mundo imperfecto como es
y no como yo creo que debería ser;
confiando en que que Tú harás que todas las cosas terminen bien
si me entrego a Tu voluntad,
de modo que pueda ser razonablemente feliz en esta vida
y alcanzar la felicidad suprema a Tu lado en la próxima.
Amén.*

UNA CANCIÓN

Este mes, un clásico de todos los tiempos, pero que en su letra, nos deja el mensaje de lo que podemos hacer por los demás, mensaje de vida, mensaje que nos sirve como guía en nuestra vida, ¡de cara a Dios!

TENGO UN IDEAL

No, ya no puedo ser
como fui hasta ayer,
hoy debo cambiar.
Ya puedo comenzar
pues para vivir
tengo un ideal.

**Amar, amar,
morir por los demás,
y así vivir
y no volver a atrás.**

**Amar, amar,
morir por los demás,
y así vivir
y no volver a atrás.**

Hoy ya comprendo al fin
que debo morir
si quiero nacer;
pues es muriendo que
al fin entraré
a la Eternidad.